

La Iglesia de Jesús: servidora del Reino

La mujer encorvada y María en Caná, dos iconos para nuestra Iglesia

Mariola López, rscj

A Muhamas Yunuf, premio nobel de la paz, conocido como el banquero de los pobres por su hermosa tarea de ofrecer microcréditos a personas sin recursos, le preguntó un periodista: “¿Cual es la lección más revolucionaria que ha aprendido de los pobres?”, él respondió sin titubear: “Lo más grande que he aprendido es que cada ser humano posee un potencial ilimitado...La lástima es que nos conformamos con arañar la superficie”...

Vamos, en esta mañana, **a tirar del hilo de ese “potencial ilimitado”** que todas las personas guardamos dentro, también nuestra Iglesia. Y lo vamos a hacer a través de **dos iconos de mujeres del Evangelio**.

Vamos a dejar que la mujer encorvada y María en la escena de Caná miren a la Iglesia. ¿Qué Iglesia nos descubren ellas?

1.-Una Iglesia curvada sobre sí misma

Albert Nolan, ha escrito un libro muy integrador. “*Jesús, hoy: una espiritualidad de libertad radical*”. Él comenta desde su experiencia en Suráfrica el enorme individualismo con el que vivimos la espiritualidad en occidente. Esa curvatura que nos tiene pendientes de nosotros mismos.

Comenta Nolan, que frente al progresivo vacío de las iglesias en Europa, y Norteamérica, en África ocurre lo contrario, (¿aquí?): “Las iglesias están llenas y las personas se agrupan en las celebraciones para apoyarse y sentir la unicidad del canto y la oración armonizados. **Se da la búsqueda de espiritualidad y sanación en la solidaridad de una comunidad**. Mientras que en las iglesias de tipo occidental cada uno se sienta lo más lejos posible de los otros”¹.

En occidente necesitamos ir más allá de nuestro egocentrismo porque una espiritualidad privatizada sólo nos puede ocasionar una enorme soledad. El icono de la mujer encorvada refleja este aislamiento (Lc 13, 10-17). Cuenta el Evangelio que era sábado, Jesús estaba enseñando en la sinagoga y había allí una mujer que, desde hacia dieciocho años, estaba poseída por un espíritu que le producía una enfermedad; estaba encorvada y no podía enderezarse del todo.

La mujer sufre esta condición durante 18 años, casi tres ciclos vitales. Vuelta sobre sí misma, sin horizonte, no puede mirar de frente, ni entrar en una relación de reciprocidad. Es una mujer que lleva años bloqueada, privada de su propio potencial.

¿Podemos reconocer en nuestra Iglesia cierta curvatura? ¿Cierta autocentración, preocupación por su seguridad, por su status? Como si su propio universo fuera el único marco para el Reino de Dios...

Cuando la propia Iglesia se identifica con el Reino se curva sobre sí misma, se blinda, se crispa sobre lo que cree necesita defender y pierde esa apertura que trae fecundidad.

¹ A. NOLAN: *Jesús: una espiritualidad de libertad radical*, sal terrae, p. 44

La Iglesia necesita levantar la vista, alzar los ojos, y reconocer que **el Reino desborda sus propios límites**. Dice Pagola, ese hombre bueno y sabio: *“La Iglesia ha de trabajar para acoger ella misma el Reino de Dios y su justicia en el interior de la comunidad creyente. La misión no es el esfuerzo que hacemos los que ya estamos en el Reino de Dios para lograr que otros que están fuera se integren en la Iglesia ...La misión es que el Reinado de Dios crezca y sea acogido dentro y fuera de la Iglesia”*.

El Evangelio nos narra que es Jesús quien toma la iniciativa ante la mujer:

“al verla la llamó y le dijo: Mujer quedas libre de tu enfermedad y le impuso las manos. (Lc 13, 12- 13).

2.- Una Iglesia que necesita limpiar sus miradas

Nuestra Iglesia necesita exponerse a esas manos de Jesús que curan sus cegueras y limpia sus miradas. El relato señala que Jesús **la vio**. Toda la realidad nos entra por las puertas de nuestros ojos. Muchas invitaciones de Jesús a lo largo del Evangelio tienen que ver con aprender a mirar de otra manera, él educa la mirada de sus discípulos: la viuda que apenas echa nada y para Jesús entrega más que nadie, los lirios del campo en su gratuidad y belleza, la semilla que crece...

Jesús nos habla del *“ojo sano”*. *“Si tu ojo está sano todo tu cuerpo estará lleno de luz”* (Mt 6, 22). Jesús la ve, mira las raíces de aquello que tiene encorvada a la mujer.

La vida se nos juega en los ojos. ¿Qué tipo de miradas cultivamos en nuestra Iglesia? ¿Qué miradas queremos ofrecer a los otros? Necesitamos pasar de una mirada flecha: que califica, mide, enjuicia la realidad...a una mirada copa que recibe lo que hay, dejándolo ser, dándole espacio. Necesitamos sanar nuestra mirada; la sana el silencio y la sana la capacidad de asombrarnos.

La calidad de nuestras vidas tiene que ver con nuestras maneras de mirar y de tocar, con nuestros modos de entrar en relación. El jefe de la sinagoga reprocha a Jesús su curación en sábado. Hay miradas que no nos dejan estrenar la vida, ni creer que son posibles *“otras maneras”* de aquellas a las que estamos acostumbrados... Qué dolor cuando nuestras miradas institucionales sólo ven personas alejadas, y no saben descubrir personas que buscan, que sufren, que tiene hambre de vida y de profundidad... Entre todos aquellos hombres que contemplan la escena, sólo Jesús es capaz de ver a la mujer en su realidad herida y en su confusión; de llamarla y de tocarla en su ser más hondo.

Al buscarla con la mirada, Jesús la hace salir de su soledad, y de su anonimato. Importa para él. Y ya sólo eso trae salud, saber que somos únicos y amables para alguien. Jesús sanaba a las personas amándolas allí donde estaban. Hizo del tiempo sagrado, el sábado, un tiempo de sanación.

Un ojo sano, una mirada sana, es aquella descubre la vulnerabilidad, y la necesidad por debajo de la aparente dureza; que reconoce la bendición que se oculta detrás de la herida. Una mirada amable e incondicional que ofrece el espacio para que los nudos puedan comenzar a desatarse.

3.- Con voces que no regañen sino que toquen el corazón

Jesús va a curarla con su mirada y también con su voz. Al decirle *“mujer, quedas libre de tu enfermedad”*, la está desatando, la está devolviendo a su ser esencial. Hay palabras que nos restablecen la salud. Dicen que hay seres capaces de ser curados por una voz,

por el material sonoro de una voz determinada. Tenemos muchas más reservas de amor dentro de lo que podamos imaginar, y están necesitadas de que otros vengan a despertarlas

Cuánta necesidad tiene la Iglesia de escuchar esa invitación: “quedas libre”... quedas libre del amparo de los poderosos, libre de los criterios alejados del Reino, libre para denunciar las injusticias, libre para aprender de otros, libre para servir de verdad a los últimos, libre con la libertad del Evangelio de Jesús...Aquello que el Papa Juan quería para su Iglesia.

Quiero recoger un testimonio de Madeleine Delbrêl, una mujer francesa laica contemporánea que anticipó con su vida muchas intuiciones y propuestas del Vaticano II, murió en plena inauguración del concilio y ella escribía sobre Juan XXIII: a quien llamaba "un maestro inesperado": “Recibimos un papa, un anciano papa, pobre entre los pobres, hombre entre los hombres, sacerdote entre los sacerdotes, obispo entre los obispos...que se puso a trabajar como si dispusiera de una vida que apenas se iniciara...Este papa tendió los brazos al mundo y lo abrazó...Fue testigo humilde, fiel y resonante del Dios paternal y bueno...y nos recordó que si bien el Evangelio debe ser anunciado en idiomas humanos no puede estar separado del lenguaje mismo de Jesucristo, ese lenguaje es la bondad...él se puso simple y claramente en el umbral del corazón de cada hombre, no como juez sino como amigo...Juan XXIII nos demostró que, incluso para un Papa, la vida cristiana es viable en nuestro mundo y en nuestro tiempo”.

La iglesia necesita volver a hacer “Pactos para la vida” como el pacto que firmaron cuarenta padres conciliares, entre ellos monseñor Proaño y muchos obispos latinoamericanos, en la catacumba de sta. Domitila en Roma el 16 de noviembre de 1965, (por cierto el mismo día del aniversario de la matanza de los mártires jesuitas y de Elba y Celina en el Salvador). Era un pacto de los hermanos del episcopado para llevar “una vida de pobreza” y para poder a ser una Iglesia “servidora y pobre” como la quería Juan XXIII. Los que firmaron el pacto se comprometían a vivir en pobreza, a rechazar todos los símbolos o privilegios de poder y a colocar a los pobres en el centro de su ministerio pastoral. (El texto tendría un fuerte influjo en la teología de la liberación que despuntaría pocos años después).

Aquí, en América Latina, en Chile me reconcilé un poco con la Iglesia jerárquica tuve la suerte de conocer y compartir con un obispo, Monseñor Fernando Ariztía que durante la dictadura de Pinochet fue relegado al norte, a Copiapó, y entendí que a los obispos, aquí en América Latina, uno puede quererlos, que muchos son de verdad pastores para el pueblo, y da alegría que haya hombres como ellos en nuestra Iglesia, la dignifican, la hacen más libre y evangélica: su Taita Proaño, Monseñor Romero, Helder Cámara, Angelleli, Samuel Ruíz...y actualmente Pedro Casaldáliga, Paulo Evaristo Arns y muchos otros...Monseñor Gonzalo López Marañón, con lo que ha tenido que sufrir en Sucumbíos...Esos padres de la Iglesia Latinoamericana, hombres con lucidez y libertad, que nos enseñan con su testimonio que se puede ser obispo y cristiano, y que la Iglesia cuando vive el Evangelio revela su verdadero rostro y hace Reino

Recoge Pagola, una afirmación del status de la Iglesia: *Vivir “caminando con los hombres y mujeres de hoy hacia el cumplimiento del Reino”. Caminando, dando pasos, no como “maestra” que enseña desde la posesión total y absoluta de la verdad sino como “discípula” que aprende escuchando a los hombres de hoy y en ellos la voz del Espíritu. No es que la Iglesia se tiene que “adaptar” a estos tiempos. La Iglesia es de estos tiempos o no es. Estos tiempos son los suyos como todos los tiempos han sido*

también suyos a lo largo de veinte siglos. No hay una Iglesia «atemporal», conceptual, que se adapta mejor o peor a cada tiempo. La Iglesia son los hombres y mujeres de hoy buscando el Reino de Dios y su justicia”.

Cuánta necesidad tiene la gente de que la Iglesia diga palabras verdaderas, que toquen el corazón, que devuelvan esperanza...

“Hay muchos – dice Pagola- que desean una experiencia honda de Dios pero cuando se acercan a la Iglesia oyen palabras de dogma y de moral, no de mistagogía. Y se van a escucharlas en otra parte. Finalmente, los hombres y mujeres de hoy buscan ser y tener palabra, pero en la Iglesia recibe muchas más invitaciones a escuchar que a expresarse”...A la gente sencilla en la JMJ le hizo bien la sonrisa del Papa Benedicto XVI, sus palabras afables para los jóvenes, de cariño y de impulso.

Somos seres de palabras, y **somos también seres de silencios**...En nuestro mundo hemos empequeñecido el don de la palabras, las palabras tienen poco valor, en las celebraciones eucarísticas hay un exceso de palabras...por eso necesitamos volver a recibirlas en el silencio. Dicen que sobran predicadores en nuestra Iglesia y faltan testigos. También nosotros buscamos personas que puedan decirnos palabras para vivir, y **somos urgidos dentro de la Iglesia a entregar a los otros una palabra de vida.**

De Jesús decían que enseñaba con autoridad y no como los escribas y fariseos. Él tenía la gracia de conceder autoridad a cada persona, de devolverle su dignidad, de remitirla a sí misma, de ayudarla a conectar con su ser profundo. Nunca decía “yo hice esto por ti, o yo te dije”...Remitía a la persona a su ser más hondo: “tu confianza te ha sanado...el Dios que hay en ti”.

Los judíos se plantean *¿con qué autoridad hace estas cosas?* (Mt 21, 23). Jesús no responde directamente a esta cuestión (Mt 21, 27). Son **los gestos** que realiza los que dan respuesta: tiene poder sobre la enfermedad (Mt 8, 8), sobre los elementos de la naturaleza cuando pueden dañar (Mc 4, 41), sobre los demonios (Mt 12, 28)...Es una **autoridad a favor la vida en sus diversas manifestaciones y registros, un contacto que transmite y despierta a la vida.**

4- Una Iglesia con un talante sanador

Jesús, terapeuta precioso del Espíritu, lleva a estar mujer a dejar emerger al Dios que habitaba en ella. Y para eso necesita dar un paso más: establecer con ella un contacto sanador. Liberar las fuentes del amor que permanecían ocultas y obstruidas. Su herida se convertirá para ella en el lugar de la experiencia de Dios.

Cuando venimos al mundo lo primero que experimentamos es que alguien nos coge y nos toca, y también seremos tocados por última vez algún día. ¿Hay acaso amor verdadero que no extienda la mano para tocar y abrazar la realidad del otro? El contacto es sinónimo de calor, afecto, atención, presencia y ternura. También expresa reconocimiento, y seguridad. Necesitamos tocar y ser tocados para vivir, una espiritualidad que arraigue en nuestras manos. Señala el Evangelio que Jesús: *Le impuso las manos y en el acto se enderezó y daba gloria a Dios”.* (Lc 13, 13). **La mujer se abre ante Jesús cuando la toca.** (Me contaron acerca de una hermana mía, Paulina, que lleva muchos años vinculando su vida con la gente más olvidada en Uganda y decían: “Ellos se sienten personas ante Paulina. Se sienten tratados con dignidad y se abren en su presencia como una flor...”Había una anciana ciega, que le dio a Paulina el

nombre de “*Lluvia*”...¡Qué nombre tan hermoso en un lugar donde dependen del agua para subsistir!)

Me impresiona que la mujer no tiene que hacer nada fuera de su vida, ni siquiera ir al templo para dar gloria a Dios. Es su propio cuerpo puesto en pie, es su propia vida circulando sin ataduras, la liberación de sus fuerzas afectivas, la posibilidad de mirar otros ojos sin temor y de entrar en comunicación...lo que la hace experimentar una relación nueva con la vida. Respirando con anchura da gloria. Sólo respirando y siendo ella misma.

Al tocar a la mujer, Jesús abrió la fuente originante de su vida. Todos somos un poco como ella y podemos reconocernos en su anhelo de sanación y de abundancia de vida. Y, en algunos momentos, todos podemos ser también como Jesús para lo demás, cuando nuestra mirada está sana, nuestras manos conocen el silencio y nuestra voz es capaz de tocar con calidez la vida profunda y escondida de los otros.

Qué poder tienen nuestras manos cuando las tendemos llenas de bendiciones y cuánto podemos dañar también con ellas...

Es tiempo de reconocer las fragilidades de nuestra Iglesia, hemos sufrido de ver el daño que algunos de sus miembros puede causar, a los pequeños sobre todo. “Es tiempo de pasar, siguiendo a Pagola, de una Iglesia grande, segura, autoritaria y magisterial, que se coloca por encima de todos como si fuera depositaria de una santidad especial, a una **Iglesia vulnerable y pecadora** ella misma, que se presa de sus curvaturas, que sufre, que está en crisis y que acompaña desde dentro a la humanidad hacia el cumplimiento del Reino. Pasar de una Iglesia que a veces sólo parece enseñar, predicar y condenar, y ocultar, a una Iglesia que acoge, escucha, acompaña, sana y reconoce sus propias heridas, para poder sanarlas.”

Dejemos ahora que una mujer que supo acoger el proyecto liberador de Dios en su vida y anticipar el banquete: María en Caná, pregunte a nuestra Iglesia si reconoce tantas situaciones carentes de vino y si se atreve a dejar transformar sus aguas y a servir el vino nuevo, el vino de Jesús que necesita esta época (Jn 2, 1-12).

5.- Invitada a servir el mejor vino

Miremos despacio la escena: “*Tres días después hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada*” (Jn 2, 1-12). El primer lugar donde va Jesús con sus discípulos en el evangelio de Juan es un banquete, a celebrar unas bodas... Hacia ese banquete tendemos una y otra vez, como si quisiera mostrar que el culto verdadero, del que Jesús le hablará a la mujer de Samaria, es la celebración de nuestra vida, de toda vida, porque Dios se celebra en nosotros como ser humano.

Conocemos bien lo que viene después. María sólo pronunciará dos frases, sabe que Jesús es el centro, pero en este caso es ella la que lo pone en el punto caliente de la situación: “*No les queda vino*”. Como si quisiera decirle: “están faltos, carentes de tu vida...” Lo que desencadena el gesto es el “*no tienen vino*” en boca de una mujer. La capacidad de María, de las mujeres en la Iglesia, de descubrir donde se atasca la vida, donde se bloquea, donde necesita atención, donde hace falta recuperar la alegría...y luego remitir a la Fuente: “*Haced lo que él os diga*”.

La Iglesia no podrá servir su mejor vino si no tiene más en cuenta la presencia, la voz y la visión de las mujeres. ¿Qué ocurriría si se les preguntaran a las mujeres por sus deseos dentro de la Iglesia, por lo que sueñan, por aquello por lo que quieren brindar,

por lo que aman, por las heridas? Y si, además de preguntarles les dejaran vivirlo dentro de nuestra Iglesia ¿Qué ocurriría? ¿Cómo se transformaría su rostro?

Hoy somos conscientes y podemos agradecer la presencia del Espíritu en el vino que escancian las mujeres. En sus tareas por la paz y la justicia, en los aportes del ecofeminismo a la integridad de la creación; en su complicidad con los ciclos que favorecen la vida.

Desplegar la dimensión femenina que hombres y mujeres guardamos dentro es señal del movimiento del Espíritu. Acoger en nosotros su potencial de ternura, de cuidado y de resistencia ante todas aquellas situaciones y fuerzas que vienen a desintegrar la vida; hacer de la colaboración, de la interdependencia, del diálogo y de la apertura a las distintas culturas y a las diversas tradiciones espirituales, maneras nuevas y necesarias de situarnos en el mundo.

Mujer imprescindible para que no falte el vino. María nos hace caer en la cuenta de la posibilidad de nuestras tinajas y de lo que Alguien quiere ir haciendo en ellas. Reconocer que lo que hace valiosas nuestras tinajas no es nada que podamos poner nosotros sino el vino nuevo de Jesús que es vertido en ellas para ser repartido y que la Iglesia necesite mezclar sus aguas con otros colectivos, no sólo, como en algunos sectores, con movimientos involucionistas que vuelven a formas anacrónicas del pasado, sino con todos aquellos grupos humanos que se movilizan hacia el Reino.

¿Qué vino quiere fermentar el Señor de la historia en las nuevas generaciones de laicos, de religiosos y religiosas? ¿Cuál es el vino bueno que quiere ofrecer a través de nuestras vidas, y que si nosotros no ponemos a circular en el Banquete se quedará sin servir?

Ya es hora de que la Iglesia caiga en la cuenta de cuánto vino falta por servir, de la necesidad de que el vino nuevo de las mujeres, y también de los laicos y laicas, sea reconocido y ofrecido en una mesa, que si quiere ser la de Jesús, nadie puede quedar excluido.

Reconocer que lo que tenemos no es nuestro y, a la vez, descubrir, emocionados, que nos necesita para repartirse. Se trata de soltar los odres viejos que haya que soltar y de dejarnos llenar sin miedo; de poner las tinajas de nuestras vidas a circular, de no esconderlas, ni retenerlas, porque se nos avinagran...y llevar el vino a aquellos que no se saben invitados, salir a los caminos a convidar al banquete a cojos, ciegos, lisiados y abandonados.

6.- Anticipar la hora del diálogo y de la alegría

González Buelta escribe preciosamente que “*no sólo somos responsables del trabajo, somos también responsables de la alegría*”². En un mundo conectado y diverso, plural y fragmentado, que ansía reconocerse Uno, que busca a tientas hermanarse; urge encender *la hora de la amistad y la alegría*.

¿Anticipamos en la Iglesia la hora de los diversos colores necesarios y queridos para tejer entre todos el tapiz de lo humano? *La hora del color* en una Iglesia donde con frecuencia abundan los tonos negros y grises, porque los vivos colores de las mujeres y

² B. GONZALEZ BUELTA, *La pérdida que nos poda y la alegría*, Revista Sal Terrae, noviembre 2002

de las minorías no se tienen en cuenta cuando hay que tomar decisiones, elaborar documentos o hacer proyectos.

Somos convocados con otros a anticipar la *hora de la alegría* en la que el grano enterrado dará un fruto que no alcanzamos a vislumbrar. Porque no es nuestra semilla sino la de Dios enterrada en nuestras vidas la que día y noche crece en la historia sin que podamos controlar cómo.

Necesitamos pasar del esquema de la oferta y la demanda a la dinámica del diálogo, sigo bebiendo de Pagola, es uno de nuestros referentes de libertad, lucidez y testimonio evangélico:

“De manera más o menos consciente la acción evangelizadora de la Iglesia se rige, en buena parte, por el esquema de “la oferta y la demanda”. La Iglesia tiene una “oferta” que responde a las “demandas” del ser humano. Este esquema conduce en la pastoral a planteamientos de este género: ¿por qué a la gente de hoy no le interesa la oferta de la Iglesia o porqué su demanda religiosa no es la de otros tiempos? ¿Cómo puede hoy la Iglesia mejorar su oferta religiosa y hacerla más atractiva? ¿Cómo podría interesar más su oferta hoy?

Hay mucho de verdad en este tipo de planteamientos pero hemos de ahondar más. El Episcopado francés en su conocido documento “*Proposer la foi dans la société nouvelle*”, afirma que las personas con las que entramos en contacto «no deben ser consideradas según una lógica de mercado, pura y simplemente clientes de la Iglesia, dispuestos a consumir pasivamente lo que les vayamos a proponer».

Vivimos en una sociedad pluralista. El pluralismo de convicciones, ideologías, posiciones religiosas y morales es un dato irreversible. Y lo nuevo, lo emergente, es que la sociedad no sólo acepta este pluralismo sino que lo reconoce como valor deseable. **El pluralismo tiene hoy un valor simbólico de tolerancia, respeto al diferente y apertura de espíritu.** En esta cultura es difícil que se acepte a quien se presenta con la pretensión de imponer su oferta como absoluta. Todos han de renunciar a posiciones de hegemonía o monopolio. **El pluralismo invita más bien al diálogo y la mutua escucha.**

Es cierto que hay que mejorar la presentación de la oferta, el “marketing”, el lenguaje, el estilo de cristianismo, el modo de creer, pero la Iglesia ha de **aprender a dialogar**, a comunicarse con las mujeres y hombres de hoy de otra manera. Hoy evangelizar es “dialogar”, escuchar las verdaderas demandas del ser humano, compartirlas, buscar juntos sentido, horizonte, esperanza. La Iglesia habla mucho (expone, enseña, dictamina, condena, exhorta...) pero, en una sociedad pluralista, un mensaje unidireccional apenas es escuchado.

Hemos de aprender un estilo nuevo de “proponer la fe en la sociedad actual”, unos odres nuevos. “Nosotros hemos de acoger el don de Dios en condiciones nuevas y, al mismo tiempo, volver a encontrar el gesto inicial de la evangelización: el de la proposición simple y resuelta del Evangelio de Cristo”. Proponer la fe no es imponer ni presionar. Es ofrecer, invitar, someterse a la posible adhesión o rechazo. ¡Cuánto tenemos que aprender de los modos de Jesús! Casi de manera inconsciente, la Iglesia propone la fe como deber u obligación. Pero, en la sociedad moderna y plural, difícilmente se acepta una fe propuesta como «imperativo».

Es necesario aprender a proponer la fe como **una invitación a vivir**, y a procurar que otros vivan, añadimos nosotros. “El Evangelio es esperado de manera nueva: como una fuerza para vivir, para suscitar opciones y compromisos que van más allá de las fronteras visibles de la Iglesia” (*Proposer la foi...* 10-11).

Proponer la fe no es proponer un sistema sino un camino (*hodos*) (Hch 18, 25-26; 19,9). Un “camino nuevo y vivo”, “inaugurando por él para nosotros” (Hbr, 10,20). Un camino supone búsqueda, obstáculos, dudas, aciertos, retrocesos, interrogantes. Todo es parte del camino. En ese camino no todos avanzan mucho (¿cuántos celebrarán dentro de unos años la Eucaristía?). En el camino hay etapas, momentos y situaciones diferentes. Hemos de superar dilemas irritantes del «todo o nada». ¿No puede ser la Iglesia un espacio más plural, pedagógico, de discernimiento y acompañamiento?” (J.A. Pagola)

“**Llenad las tinajas hasta el borde**”, nos dice Jesús, tras el diálogo con María a la Iglesia. Dialogar implica acoger al otro y dejarse acoger para permitir que se manifieste algo del misterio que le habita. El verdadero diálogo tiene un carácter sacramental, donde el otro se convierte en una manifestación de un aspecto de Dios que no conozco y del que el otro sí tiene experiencia.

La Iglesia necesita **aprender a dialogar**, dialogar con los pobres, con las mujeres, con los indígenas, con las minorías que encuentran difícil alzar su voz...y hacer con ellos su propio viaje a la alteridad. ¿No tendría que ser éste un gesto más indicativo para la Iglesia? ¿Volverse hacia los grupos que menos cuentan, a los menos relevantes?

“Dialogar es sumergirse en el otro y entrar en comunión con lo que le da vida. Cuanto más capaces somos de escuchar, más profundidad y luminosidad del misterio que contiene el otro se nos puede revelar. Esa escucha implica una radical salida de mí, hacia el corazón de quien es diferente de mí” (J. Melloni).

7.- Ser hombres y mujeres del tercer día

La escena que nos ha movilizado ocurre “*tres días después*”. Caná es el *comienzo* hacia ese momento culminante que se designa como la hora de Jesús. La de su vida definitivamente entregada y herida por amor.

En los Evangelios el *tercer día* es Aquel en que Jesús es levantado de entre los muertos. El día en que nuestros ojos están ofuscados para reconocerLo, en que estamos encerrados por miedo, en que buscamos desesperadamente en los lugares y en las estructuras donde ya no hay vida y nos sorprende, de pronto, el Resucitado allí donde más necesitados estamos, devolviéndonos a la comunidad con una mirada y unas manos transformadas.

Algunas personas de la jerarquía de la Iglesia piensan y, en ocasiones manifiestan públicamente, que las congregaciones religiosas ya no desempeñan un papel significativo en la Iglesia, como si la VR perteneciera al pasado y el futuro a los nuevos movimientos de laicos, y se les ve una cierta preferencia por los movimientos respecto a las congregaciones religiosas que para ellos han exagerado las reformas del Vaticano II y se han abierto demasiado al mundo moderno.

Unido a esto, en algunos sectores, está también el deseo de “domesticar”, consciente o inconscientemente a la vida religiosa, considerando a los religiosos y religiosas como una simple “mano de obra” de la Iglesia jerárquica. De esta manera, la vida consagrada

no puede dar su mejor vino, se la despoja de su carácter de don carismático y de su camino profético en la Iglesia.

Siendo dolorosamente conscientes de esta realidad en la Iglesia, sabernos invitados en esta hora a amar las tinajas de nuestra vida religiosa porque allí, a través de ellas, el Señor transforma en vino del Banquete del Reino cuanto somos y podemos hacer. No en un vino mejor que otros, sino en el propio vino, único, original, que nadie puede ofrecer por nosotros. El que Dios fermenta día tras día, en el silencio, en la oscuridad, y en el clamor del corazón, para ofrecerlo gratis a todos los sedientos

Estamos llamados a ser en la Iglesia hombres y mujeres del *tercer día*, aquel en el que nos disponemos confiados a su Acción. Un día tomado por Dios, dónde él ocupa el lugar principal. El evangelio acaba diciendo: “Esto sucedió en Cana de Galilea- en ese tercer día- Fue el primer signo realizado por Jesús, así se manifestó su gloria...” y nosotros sabemos, ustedes nos lo revelaron antes, que esa gloria de Dios es la vida del pobre.

La Iglesia necesita *generar espacios de presencia y calidez* donde sea posible anticipar este día. Jesús nos muestra así la dirección irrevocable de nuestra vida religiosa en la Iglesia, el hacia abajo, lo profundamente humano, el quitarnos todo manto, el ceñirnos de ternura y compasión

Otra invitación que nos hace María en Caná es a la creatividad, a creer que las realidades pueden ser transformadas. Una Iglesia sin creatividad, señala Pagola, es una Iglesia condenada de antemano a estancarse en la decadencia pues las soluciones del pasado no sirven para resolver los problemas inéditos del presente ¿Es posible avanzar hacia una Iglesia configurada por la creatividad? La creatividad es “capacidad de reacción en presencia de problemas inéditos”.

“La Iglesia actual tiene miedo a instituir la creatividad como metodología necesaria hoy. Tiene miedo a que se abran brechas y se toque lo intocable pero La verdadera creatividad no se funda en la espontaneidad ni la improvisación. Nace de la exigencia de una mayor fidelidad al Acontecimiento Fundante (Jesucristo) desde nuestro contexto socio-cultural y nuestros problemas. En adelante será cada vez más importante la creatividad, la obediencia al Evangelio que es quien pone vida en la Iglesia, introduce el Espíritu, abre caminos, alienta a buscar salidas nuevas a situaciones nuevas”...(J.A. Pagola)

“*A vino nuevo, odres nuevos*”, nos dirá Jesús. Una vez un dominico nos pregunto saben que hay que hacer cuando se quiere meter vino nuevo en odre viejo para que no se estalle el odre... ¡jaguar el vino! Y eso es lo que hacemos en la Iglesia con el Evangelio de Jesús.

Como expresan ustedes, una Iglesia que camina con los dos pies (Evangelización y Pastoral Social) y que quiere vivir integradamente la experiencia de discípul@s y misioner@s de Jesús.

Quisiera acabar este primer momento con las palabras de Simón Pedro Arnold, a quien ustedes conocen bien y cuyas experiencias y escritos acabo de conocer al tener que venir con ustedes, él escribe desde su experiencia en Puno:

“Tengo el privilegio de vivir en medio de un pueblo hundido en la pobreza y, no pocas veces, en la pobreza extrema. Con él, he aprendido a acoger esta reivindicación primera: dar, devolver o preservar la vida de la gente y, más allá, de toda criatura. Me reconcilio con mis manos de sacerdote, hechas para sanar y

acariciar, con el agua bendita y el aceite que cura y fortalece; con las palabras de ternura que hablan de esas cosas tan simples que consuelan. He tomado conciencia, con mis hermanos y hermanas aymaras que, antes que doctrina, normas y dogmas, debate de ideas y polémicas teológicas, la religión es *bendición.*”

Ojalá que nuestra Iglesia sea cauce de esta “bendición original” que cubre toda vida, de la Berakah de Dios que recorre la historia, y aparece una y otra vez, tercamente, unida a los pequeños, a los anawin, recibida en ellos y por ellos.

Sabemos que sin la Iglesia, la memoria de Jesús se hubiera perdido y eso es ya motivo más que suficiente para amarla...

¡Muchas gracias y buena mañana!